

Aún recuerdo el primer día que llegué a Gençana. Recuerdo como Paola me cogió de un brazo y me enseñó lo que, a partir de ese día, iba a ser mi nueva escuela. Me presentó a todos los que iban a ser mis compañeros de curso... Aunque reconozco que me costó más de una semana aprenderme vuestros nombres. Recuerdo con mucho cariño aquel día, aquella acogida, aquel comienzo.

Pero muchos, aquellos que han pasado toda su vida en Gençana, ya tenían una historia, un recorrido antes de mi llegada. Y tienen muchos más momentos para recordar con una sonrisa en los labios, como cuando Marc, en un arrebato de furia, rompió un banco, cuando se cosía en la porchada, las salidas a la impoluta piscina de Godella, o cuando a Rubén se le rompió la camiseta jugando a polis y cacos y acabasteis todos llorando; las comidas del Carnaval, a las que solo asistíais por la cookie que os daban. Incluso recordareis que justo donde estáis ahora sentados escuchándome, hace no tantos años fue vuestro campo para jugar a PI.

Sin embargo, en lo que sí coincidimos todos tras nuestro paso por el centro, es en el apoyo incondicional por parte de todas aquellas personas que hacen posible esta escuela, que forman este maravilloso lugar. De todos ellos llevamos en nuestro equipaje muchos recuerdos, muchos consejos, muchos ejemplos y muchas, muchísimas herramientas para enfrentarnos a lo que se avecina, a lo que empieza hoy.

No llevamos la complicidad y la empatía de los profesores, que hacen que nuestras preocupaciones se conviertan en las suyas. Ellos, que llegan a saltarse el almuerzo o se quedan horas extras con el ánimo de que comprendamos todo a la perfección, de que seamos mejores. Profesores que nos han aconsejado y guiado casi con el mismo cuidado y atención con el que lo hacen un padre o una madre. Aunque a ellos también les reprochamos su mal humor arrastrado por culpa de clases anteriores, su relajación a la hora de corregir pruebas objetivas, sus retrasos, las temidas amonestaciones, los cantos de algunos que nos incitan a acabar los evaluables a tiempo así como las arduas tareas de verano. Porque para vosotros sólo seremos un curso más que pisa las aulas del centro, una clase habladora, inmadura y muy relajada. Pero para nosotros siempre seréis nuestros profesores, con mayúsculas.

A ellos les agradecemos habernos nutrido en conocimientos y en saberes, pero todos sabemos que una *mens sana* necesita de un *corpore sano*, y de esto último se han encargado las personas del comedor y de cocina. Hablo en nombre de todos los alumnos, no sólo celíacos, alérgicos, macrobióticos o hipocalóricos, cuando afirmo que nos habéis tratado como reyes, y de vosotros nos llevamos la paciencia infinita, el cariño y la preocupación constante. Y lo del resto del personal, Mari Carmen, Natalia, Jose, Enrique, Pilar... su atención y disposición ante nuestras exigentes peticiones a lo largo del año.

Hay, además, escondidos en la sombra, otros personajes que hemos conocido durante este viaje y que nos acompañarán siempre: la voz de Bonifacio Ofogo deleitándonos con leyendas exóticas con sabores africanos, los fantasiosos viajes de Juanito Pierdedías que a lo mejor desembocan en el mundo de las ideas de Platón, el dramatismo de Shakespeare en *Romeo y Julieta*, el reiterado aventurismo de Tirant lo Blanc, la lucha por un mundo justo de don Quijote, los relatos de los Cuentos al amor

de la lumbre, la desesperación de Frankenstein o Moderno Prometeo, la ferocidad de Golding en “El señor de las Moscas”, la armonía de Luis Pastor, los versos de Machado, de Alberti, de Lorca, el escepticismo de Descartes, el oscurantismo de Goya. Nos llevamos los sabios consejos de Federico, y las conversaciones que compartía con otro sabio omnipresente, Joan Manuel Gisbert. Y quien sabe, puede que lleguemos allí donde viven los monstruos y que sea otro Max el que nos guíe, un Max Estrella que conocemos bastante bien. Estos personajes, estas voces, estos versos, estas canciones se vienen hoy con nosotros, forman ya parte de la maleta con la que partimos.

Quizás toda ayuda pueda parecer poco para lo que nos espera en unos meses, a las vísperas de una etapa nueva y desconocida, una etapa que se nos presentan como “nuestro futuro” y que a veces se antoja nebuloso, turbio, lleno de incertidumbres.

Pero echad la vista atrás. No sólo hemos tenido que lidiar con lo que supone Bachillerato en sí, sino que hemos superado un Bachillerato en Gençana. Porque Gençana no se contenta con ofrecer simplemente lo estipulado, lo básico, sino que hemos adquirido muchas capacidades que van más allá: interpretar, debatir, hacer teatro, cantar, bailar, recitar, pintar, dibujar, escuchar a autores, poetas, ilustradores, científicos...

Ha sido duro llegar aquí. Cuántas horas de biblioteca, interminables audios de Whatsapp, horas de Skype, apuntes, cafés y noches de flexo invertidas para que luego converjan, a veces, en una lluvia de lágrimas, confusión, ansiedad y existencialismo. Naturalmente, hay hechos con los que nos sentimos decepcionados y nos recriminamos con un: y si hubiese estudiado más, si hubiese llegado a tiempo, si no se me hubiese olvidado esto... somos humanos y no tenemos que estancarnos en lo que fallamos o no llegamos a alcanzar, porque todos nos hemos encontrado en esa situación de flaqueza y creedme, nos esperaran muchas más. No tenemos que permitir que nos atormenten futuros errores ni malos caminos que podamos tomar ahora, que volamos solos hacia un mar de dudas y esperanzas. Vamos a meter la pata, os lo advierto ya. Pero os aseguro que tenemos la certeza de que estamos preparados para cualquier contrariedad que ose enfrentarse a nosotros. Y esa convicción nace en gran medida de lo aprendido durante nuestro paso por esta escuela.

Gracias a todos, a todos los que formáis este centro, a Pedro y a Sofía por imaginar hace años una escuela como esta y tener el arrojo de hacerla posible, gracias por enseñarnos que el mundo y la cultura son maravillosos. Gracias a vosotros, padres, por sufrir y pelear a nuestro lado. Os llevaremos siempre en esta maleta que cerramos hoy y que nos acompañará siempre.

Recuerdo hoy con cariño aquel primer día en Gençana, confío en que vosotros recordéis este último no como un final, sino como el primer día del “futuro” que empieza hoy.

Gracias

Laura G. – Alumna de 2º Bachillerato